

### III.- El Guerrero

16 de Abril de 2417

- ¿Cuántos son? - preguntó Wolf, en un susurro al micrófono del auricular. No se atrevía a asomar ni una pulgada la cabeza por encima del enorme tronco de roble muerto sobre el que se apoyaba. Si algo había aprendido los últimos dos años de su vida era que los Extraños tenían una agudeza visual tan endemoniada como mediocre era su oído. Y, según le decían, aquellos estaban a sólo cinco metros de su posición.
- Veo tres – respondió otra voz susurrante en su oído, levemente deformada por una pequeña interferencia.
- ¿De qué tipo? - aventuró Wolf.

Se hizo el silencio en el canal unos segundos.

- Del tipo de los que tienen enormes ojos blancos y la espalda como un signo de interrogación. Ya sabes... simplemente Extraños, ¿cómo coño voy a saberlo?

Wolf Procter suspiró.

- Llevas cinco meses en el campo de batalla, Panzer, ya deberías poder distinguir...
- Son exploradores, lobo – interrumpió la calmada y sensual voz de Kimera.
- Gracias, Kim – Procter estaba secretamente enamorado de la chica de piel azabache desde que Acero Negro, su predecesor como líder de la Hermandad, la reclutase cuando él aún no había disparado ni una vez en su vida. Nunca la llamaba por su nombre de guerra; utilizaba el diminutivo Kim para referirse a ella porque la joven se llamaba en realidad Kimberly, razón por la que los demás habían escrito con ka el apodo en su taquilla – Buscad a los escoltas. Probablemente sean dos – se hizo el silencio de nuevo, cinco segundos, diez – Vamos chicos, dadme una alegría...
- Negativo en mi área, lobo – dijo la jovencísima Aspid, una niña que a sus doce años largos era capaz de desmontar su fusil de francotirador en ocho segundos y hacer todas las tareas de mantenimiento necesarias sobre el mismo en ochenta.
- Negativo también aquí – de nuevo Kim.
- Tienen que estar – insistió Wolf - Siempre están. ¿Samurai?
- Nada, Wolf – dijo el chico – Tres a la vista.

- ¡Joder! - se escuchó a Colt, un muchacho de la edad del propio Wolf pero bastante más fornido, del que éste no terminaba de fiarse – Que susto, la madre que... lobo, tengo un escolta, en el hache seis, detrás del promontorio.

Alex Procter se permitió una leve sonrisa de autosatisfacción.

- Recibido, Colt – susurró – No te mees encima todavía. Es una orden – hubo alguna risa queda - Encontradme al otro. Venga, venga, venga...

El silencio se apoderó del canal de comunicaciones y, durante lo que pareció una eternidad, sólo se vio roto por el moderado viento, que levantaba hojas muertas a su alrededor, y los sonidos que a su espalda producían los tres Extraños en aquel idioma suyo, que recordaba al croar de las ranas.

- No me jodáis, chicos. Hay otro – susurró el joven líder.
- Quizá esta vez no... – soltó Aspid.
- Siempre.
- Se están acercando a la plantación, lobo, tenemos que pararlos.
- Nadie va a asomar la cabeza ahí fuera – dijo Alex, aún entre susurros, pero marcando cada palabra con firmeza – hasta que veamos al otro escolta.
- Si la encuentran... – insistió la niña - ...estamos perdidos.

Procter se mordió el labio. Sabía que en el fondo Aspid tenía razón. Todo el mundo sabía a aquellas alturas que los Extraños tenían algún tipo de comunicación telepática, o tal vez una forma especialmente completa de inteligencia de colmena. La Hermandad se autofinanciaba gracias a plantaciones como aquella a la que los tres alienígenas se estaban acercando, de verduras naturales, que hacía mucho tiempo que estaban prohibidas y eran imposibles de hacer arraigar en el suelo perforado y muy necesario para construcción de Futura. Los chicos más jóvenes del ejército de Wolf se dedicaban a cuidar los muchos huertos ocultos que tenían en los alrededores de aquel valle, que se extendía miles de hectáreas inmediatamente al Sur del Camino. Aquel valle era, de todos los alrededores de Futura, la zona que menos interesaba al enemigo, y sólo entraban exploradores como aquellos ocasionalmente. La venta de las cosechas que los jóvenes obtenían, junto con el apoyo privado de buena parte de la población de Futura, eran el principal sustento económico de la Hermandad. De ahí venía el dinero para raciones, células de energía, armas MonoFilamento, medicinas, combustible y los frugales bienes que los jovencísimos guerrilleros llevaban

constantemente encima.

Los Extraños conocían la guerra de recursos, y de hecho su principal arma, el virus Génesis, era la prueba más palpable. Una plaga diseñada para destruir la materia prima más esencial; el futuro. Los alienígenas se molestaban con regularidad en privar a la humanidad de agua, madera, metal, comida y posiciones de importancia estratégica. Si uno solo de los Extraños descubría una plantación de verdura natural, un millar más aparecería al día siguiente para explorar todo el valle. Y Wolf no podía confiar en que el personal militar de Atalaya se preocupara lo más mínimo por ello.

- Joder – musitó – Bien. Colt, ¿tienes al escolta?
- Pilladísimo, jefe.
- Quiero un disparo. Un disparo, Colt.
- Recibido.
- En serio – insistió Wolf – Uno. No tenemos células que desaprovechar.
- Estará muerto de un tiro, lobo.
- Bien. Kim, a tu señal. Samurai, con nosotros.
- Recibido.
- Recibido, Wolf.
- Aspid... - empezó el joven.
- Os tengo cubiertos – interrumpió la niña.
- Bien.

Wolf apretó un resorte en la parte derecha de su cinturón, y el cierre que sostenía su espada se soltó con un silbido hidráulico casi imperceptible. El arma medía algo más que su brazo, era de una pulgada y media de grosor y tenía un solo filo curvado. La hoja era un bloque pulido de aluminio oscuro, gastado y mellado, pero aquello no importaba. Todas las células estabilizadoras estaban operativas, de modo que, cuando pulsó el botón amarillo de la empuñadura, el filamento monomolecular se extendió lentamente a lo largo del filo, con su característico brillo azul lavanda. El lado interno de la hoja estaba tan romo y viejo que podría dejar a un hombre inconsciente antes de cortarle, pero el lado externo, con aquel filo artificial, podía literalmente cortar la roca como si fuera mantequilla.

La tecnología MonoFilamento era casi una religión para la Hermandad. Al ser un cuerpo de guerrilla sin apoyo oficial por parte de Futura o la propia Atalaya, los suministros de células de

energía eran difíciles de conseguir, y más necesarios para calentar raciones que para cargar fusiles de pulso, y por su parte las armas de pólvora habían caído en desuso tras la invasión, mientras la pétrea piel de los Extraños convertía las armas de combate cuerpo a cuerpo tradicionales en inútiles. Las armas MonoFilamento, que requerían de una alimentación mínima y un mantenimiento que podía llevar a cabo casi cualquier técnico, eran, además de reglamentarias para el ejército de Futura desde hacía bastantes años, la solución perfecta para el combate urbano contra los Extraños. El desarrollo del prototipo de espada monofilamento original, bautizada como Esperanza, había sido una noticia de profundísimo calado en la sociedad humana cuarenta y cinco años antes, y de hecho aquel arma en concreto seguía siendo un objeto de adoración para los creyentes de la Tropa del Dragón. Pero para la mayoría de la gente aquella tecnología era ya algo cotidiano. A Wolf, sin embargo, aquella fila de moléculas de calculada inestabilidad, perfectamente alineadas y equilibradas, le seguía fascinando cada vez que activaba su espada, a la que había bautizado como Ximo, siguiendo la tradición de la Hermandad de tener un nombre propio para cada arma.

Wolf apretó el puño de la espada, y relajó todos los músculos del cuerpo.

– Ahora – susurró la suave voz de Kim en el auricular de su oído.

El joven saltó de detrás del árbol caído, con la larga trenza que le nacía en la nuca y la larga cinta blanca que remataba el final de la empuñadura de Ximo ondeando a su alrededor. Se deslizó levantando una nube de polvo por la cuesta de arena, al final de la cual los tres Extraños ya le miraban con sus rostros inexpresivos. Le seguían pareciendo unos seres impresionantes. Los respetaba. En cierto modo, los admiraba.

Los Extraños eran bípedos, aunque cuando no estaban peleando por lo general se movían apoyándose sobre los poderosos brazos, de forma parecida a los gorilas de los libros de texto, irónicamente una de las primeras especies que se habían extinguido por la influencia del Génesis, mucho antes de que Procter naciera. Tenían hombros poderosos, cinturas estrechas y cabezas pequeñas sin boca que recordaban a pájaros de presa con el pico cerrado, adornadas por unos enormes ojos totalmente blancos que tenían la forma misma del odio.

Dos de las criaturas echaron torpemente mano de las extrañas armas que utilizaban y llevaban a la espalda, pero Procter sabía que aquellas armas eran tan lentas a la hora de dispararlas como los propios alienígenas eran lentos de movimientos. Escuchó un disparo de un fusil. “Colt”, pensó. Para cuando llegó al final de la cuesta, sólo uno de los seres tenía su arma en la mano, y otro,

el más próximo a él, iba a atacarle con un brazo tan grueso como la cabeza del propio chico.

Ximo silbó en el aire, y cortó al Extraño desde la axila expuesta hasta el lado contrario del cuello.

El líquido azul que las criaturas llevaban en su interior salpicó por todas partes, y saltó en uno de los ojos de Alex. Con el otro entrevió cómo Kim llegaba a su altura y decapitaba a otro de los Extraños con un elegante giro de su enorme lanza, una elección poco común para un arma monofilamento, pero con la que la muchacha se manejaba sorprendentemente bien. Escuchó un disparo que no era de un fusil de los suyos, pero no pudo detenerse a pensar en ello. El Extraño sobrante golpeó con su arma a Kim en el hombro y la lanzó varios metros hacia atrás. “Me cago en la puta, Samurai” pensó mientras reaccionaba. Se agachó justo a tiempo para evitar el segundo golpe del alienígena, y giró en torno a él. Un nuevo disparo de fusil resonó en el valle mientras el Extraño apuntaba con parsimonia su arma hacia Procter, que aprovechó el momento. Se inclinó hacia delante, bajó su espada y se desplazó de izquierda a derecha, preparándose para esquivar en el último momento, sin dudar de su propia velocidad, como Acero Negro le había enseñado. El arma del Extraño disparó al fin, y Wolf se movió levemente y notó el calor del impulso pasar junto a su mejilla. Cambió el peso de pierna, se lanzó hacia delante y dejó fluir el rapidísimo movimiento de forma natural, como un perfecto paso de baile. Cortó sin demasiado esfuerzo al ser en dos, a la altura de lo que quiera que aquellos bichos tenían a la altura del estómago.

Se dirigió rápidamente hacia Kim mientras se quitaba aquella sustancia azul pegajosa del ojo. Cuando vio que la chica se levantaba por su propio pie, recordó que estaba furioso. Giró la cabeza hacia la posición desde la que se suponía que Samurai debía haber atacado al último de los Extraños, el que él mismo acababa de matar.

– Samurai, más te vale tener una excusa jodidamente buena para... - empezó, antes de ver a su compañero.

La tenía.

Daniel “Samurai” Wong estaba gritando de dolor en el suelo, con un agujero del tamaño de un puño en el muslo derecho.

– Tenías razón, eran dos escoltas, lobo – dijo Aspid en el canal – Lo vi tarde.

\*\*\*\*\*

El Camino siempre le dejaba sin respiración.

La estructura del enorme puente se elevaba desde las profundidades de un cañón de casi cuatro kilómetros de ancho y probablemente otros tantos de profundidad, excavado a base de explosivos un siglo antes, para rodear Futura de un foso inexpugnable. La superficie del puente era de algún material que Procter no sabía nombrar, pero que llevaba decenas de años soportando innumerables explosiones y batallas.

El todo terreno en el que viajaban era arcaico y estaba en un estado lamentable, pero su suspensión estaba como nueva. Uno de los muchos chicos de la Hermandad que Alex no conocía había sido, al parecer, especialista en el ejército de la Atalaya, y le habían asignado las tareas de mantenimiento de los amortiguadores de los escasos transportes ligeros de los que disponían. A pesar de los baches provocados por las granadas y los disparos desde las torretas de la Atalaya, el vehículo parecía flotar sobre un colchón de aire.

A su espalda, Samurai mordía su propia espada para aguantar el inmenso dolor, y Kim hacía gestos con los brazos para que no les atacaran. El puente era realmente gigantesco, con unos ciento cincuenta metros de ancho, y Atalaya se elevaba muy lejos. Aquella visita no estaba prevista, y cuando algo imprevisto se movía sobre el Camino lo más probable era que recibiera una cálida bienvenida por parte de los cañones de cuarenta centímetros de diámetro de las torres. Confiar en la buena vista y los potentes prismáticos de los soldados de guardia no era una idea demasiado tentadora, pero era la única esperanza para Samurai. La herida era tan grave que si el joven no recibía los cuidados médicos adecuados no tardaría en morir.

Panzer conducía el aparato, y lo hacía mejor que nadie a pesar de que era el que más nervioso estaba. Llevaba menos de medio año trabajando directamente con los Altos Hermanos, el escuadrón personal de Wolf Procter, y era difícil que nada saliera mal cuando se trataba de ellos. Alex suponía que probablemente Panzer pensaba que era imposible que algo malo le sucediera a un Alto Hermano. Aspid y Colt habían recibido órdenes de volver al escondrijo que la Hermandad tenía en lo alto del valle y preparar un convoy para seguirles a Futura, y de esa forma aprovechar la visita para vender la última cosecha y comprar provisiones. A Alex no le hacía ninguna ilusión ir a Futura, pero ya había retrasado suficiente la visita, y la herida de Samurai la convertía en algo inexcusable. Hubiera preferido no estar allí y haber podido quedarse en el campamento, pero el

propio pensamiento le pareció tan egoísta que lo desechó sacudiendo la cabeza.

Franquearon el puente y llegaron al otro lado sin ser vulcanizados, lo cual significaba que los habían reconocido como humanos, y también que podrían seguir viviendo. El sonido suave de los neumáticos sobre el asfalto metálico del puente se convirtió en un rugido molesto al entrar en las áridas planicies que separaban el Camino de la Atalaya, llenas de arena y guijarros. Procter observó de nuevo la enorme instalación. Atalaya era una especie de fuerte en el centro de la colosal muralla que se extendía a todo lo ancho de la isla artificial que el foso había creado. Eran siete torres que se elevaban como garras por encima de un enorme edificio gris, justo detrás de la muralla, y eran imponentes incluso desde los diez kilómetros que las separaban de Camino. Desde ellas se controlaba el puente entero, y por supuesto la llanura desértica que ahora recorrían. Las torres estaban equipadas con el ochenta por ciento de la potencia de fuego que le quedaba a la humanidad, si era cierto que la humanidad era tan sólo a esas alturas Futura. Los Extraños trataban de cruzar el puente con cierta regularidad, pero rara vez llegaban más allá de la mitad sin ser alcanzados por los cañones de largo alcance o los morteros de posición estática.

Futura se resguardaba tras aquella defensa perfecta. Procter tenía que admitir que era difícil, prácticamente imposible, que los Extraños tomaran alguna vez la ciudad, especialmente teniendo en cuenta que no poseían naves ligeras de combate con las que cruzar el foso.

Todavía.

Para cuando las puertas de uno de los garajes empezó a abrirse para ellos, hacía falta ponerse de pie en el vehículo y arquear la espalda para ver los puntos más altos de las torres. El todo terreno cruzó el umbral de la Atalaya a toda velocidad, ante las airadas protestas de muchos de los soldados. Panzer dirigió el vehículo a través del enorme hangar hacia una de las esquinas, donde sabía que estaba el centro médico de emergencia.

Wolf Procter saltó del vehículo, supervisando con suficiencia el trabajo de los médicos, que tumbaron a Samurai en una camilla y empezaron a examinar la enorme herida. El chico ya llevaba un rato inconsciente, y había perdido tanta sangre que los trabajos de limpieza sobre el todo terreno serían largos, tediosos y en último término inútiles. Panzer acompañó a los médicos, corriendo junto a la camilla. Procter se volvió hacia el hangar, y como de costumbre Kim se quedó a su lado, con el gesto taciturno que la caracterizaba.

Un chico con cara de despistado y una leve cojera renqueó hacia ellos, con la cara enrojecida por la rabia y una carpeta en la mano.

- ¿Qué demonios hacen? - chilló - ¿Saben cuánta gente trabaja aquí? Podrían haber atropellado a...
- ¿Y tú quién eres? - cortó Wolf.
- Jason. El encargado – respondió el otro, que incluso envarado le llegaba a Wolf por debajo de la nariz – Dígame los datos para el registro de entrada de...
- Tráeme a Zack – dijo Procter, ignorando al chico y echando a andar sin mirarle.
- ¡Eh!

El tal Jason agarró bruscamente con una mano a Wolf de la muñeca. Una décima de segundo después, tenía el vibrante filo de una daga a escasos milímetros de su garganta, silbando en el aire por el zumbido del filamento como si de hecho deseara matar. El pulso de Kim era perfecto. El del tal Jason, notó Wolf en la muñeca, no tanto.

- Tráeme. A. Zack – dijo. El encargado le soltó, y Kimera bajó el puñal. Lanzó una mirada asesina a cada uno de los soldados que habían aprovechado el incidente para fingir curiosidad y mirar directamente su escultural cuerpo, a lo que no se atrevían normalmente. En unos segundos, nadie les observaba..

La seguridad de los hangares era muy estricta. Prácticamente todos y cada uno de los individuos que formaban aquella algarabía de carga de mercancías, reparación de vehículos y entrenamiento militar sabía ya quiénes eran los dos chicos vestidos con ropa vieja, tatuados y adornados con plumas y cuentas de colores, pero aun así Alex y su guardiana no podían pasar de allí sin autorización. Hacía muchos años que todas las ciudades desde las que era posible llegar a pie a Futura estaban desiertas, de modo que por aquellos garajes sólo llegaban los trabajadores de las Tierras Altas, los hombres del propio Wolf Procter y los bandidos que se rendían en su empeño de encontrar algo de valor más allá de la Atalaya. Futura era accesible, como un campo de refugiados, pero el trámite no lo era tanto. Gracias al tiempo que cualquiera esperaba allí antes de poder entrar en la metrópolis, la Cámara sabía en todo momento todo acerca de cada habitante de Futura.

Eligieron un cargamento que iba empaquetado en unas cajas que parecían cómodas, aparentemente un envío de herramientas para las minas en las Tierras Altas. Se sentaron sobre las cajas y observaron el bullicio hasta que Jason volvió con una cara conocida.

- ¡Lobo! - saludó Zack con una amplia sonrisa. Procter saltó de la caja sobre la que estaba sentado y abrazó a su amigo.
- ¿Dónde estabas? - preguntó. Zack había sido el encargado de aquel hangar desde antes de que Procter asumiera el mando de la Hermandad.
- Me ascendieron – respondió él con una sonrisa – Ya sabes que estudié electrónica. Ahora me pudro en un despacho de la sección de mantenimiento con una raya más en el hombro. Esto era más divertido. ¿Qué te trae por aquí?
- Samurai – respondió Wolf – Le han herido.

El gesto de Zack cambió. La mirada de preocupación fue sincera.

- ¿Danny? Mierda – susurró - ¿Cómo?
- Nada anormal – Procter se encogió de hombros – Fue inevitable. Un grupo de exploradores se acercó a uno de nuestros jardines, con dos escoltas. Sólo detectamos a uno, y estábamos peleando cuerpo a cuerpo porque estamos cortos de energía.
- Lo siento, Wolf... ¿qué puedo hacer?
- Nada – Procter puso una mano en el hombro de su amigo – Esperar que salga de ésta. Y recibir a mis chicos y la mercancía, hemos aprovechado la ocasión. Vienen detrás de mí, llegarán en unas quince horas y necesito que pasen a Futura.
- Bien, me aseguraré de que se les trate como de costumbre. ¿Tú te quedas? ¿Necesitas un pase?

Procter asintió, pero apuntaló el gesto con un bien marcado suspiro de hastío.

- Si, pero no para Futura, sólo para la Atalaya – dijo – Cuando me digan algo respecto a Danny me marcharé. De todas formas ya no me sirve para los Altos Hermanos – el tal Jason hizo un gesto de repulsa. Zack ni siquiera se inmutó. Procter los ignoró a ambos – Mientras, me gustaría hablar con Noah.
- Claro. Lo arreglaré enseguida. ¿Vienes a decirle lo mismo de siempre?

Wolf Procter asintió de nuevo, con la mandíbula apretada.

- Sí. Pero hoy estoy más cabreado – dijo.
- Malas noticias para el General entonces – respondió su amigo entre risas – Deberías hacerlo por tu cuenta, Lobo. Si Kevin Leonard ha sido capaz de reunir más de treinta mil soldados que se

creen sus chorradas, tú también. No necesitas a Noah.

- No se me da bien hablar en público – respondió Procter. Kevin Leonard era el Pastor de la Tropa del Dragón, y aunque Zack dijera lo contrario, y aunque era cierto que Alex contaba con un increíble apoyo moral en la población de Futura, sabía que nunca podría aspirar a crear algo como la Tropa. Él era un guerrero; podía ofrecer esperanza, liderazgo, progreso y valentía. Leonard ofrecía la salvación. Leonard ofrecía fe. Por eso Alex tenía unos cuantos cientos de soldados y un millón de palmadas en la espalda, mientras que Kevin Leonard tenía un poderoso ejército dispuesto a morir a su señal.

“Un ejército que está esperando de brazos cruzados a que se cumpla la profecía que Dios sabe qué borracho enunció en Dios sabe qué tugurio”, pensó. “Claro que necesito a Leonard, y a Noah”.

- ¿Qué noticias hay? - le preguntó a Zack.
- Hay mucho revuelo en tu contra últimamente – dijo el chico, encogiéndose de hombros - Respecto a eso de que encontraste el cadáver de un viajero. Todos creen que mientes.
- Menuda sorpresa – soltó Procter con un bufido – Tendría que haberlo traído escondido en una puta bolsa de basura y haberlo exhibido por la calle en el segundo sótano. Daroslo a vosotros fue una estupidez.

El otro se encogió de hombros con un gesto divertido.

- Sólo sigo órdenes, compañero – dijo - Igual que todos.
- Ocultarle la verdad a la gente no parece una meta muy loable – intervino Kimera por primera vez, con su voz suave y profunda, que hacía que todo pareciera la verdad absoluta.
- Eso es porque tú te puedes permitir el lujo de tener un barómetro moral – respondió Zack – Yo pertenezco al ejército. “Una sola voluntad” y todo eso. El tipo que dio la orden está cien eslabones de la cadena de mando por encima de mí.
- Noah – dijo Wolf.
- Quiero que conste que yo no he dicho eso – contestó el otro, levantando las manos en un gesto defensivo, y de nuevo entre risas – Las decisiones de nuestro General son la ley.
- ¿Algo más? - quiso saber Procter.
- El Presidente. Se dice que está realmente mal, quizá en coma. ¿Qué fue lo último que supiste?

Wolf gruñó algo y frunció el ceño, recordando.

- Noah me confesó que su excelencia ya firmaba decretos desde la cama, pero no esperaba que empeorara tan rápido – dijo - ¿Dónde tiene el virus?
- Nadie lo sabe, pero por la velocidad parece que bastante dentro.

Wolf suspiró y miró un momento a Kim, con un gesto indescifrable para el resto de personas que se movían ajetreadamente en el complejo. Nadie hubiera advertido que la chica de piel de ébano y gruesas rastas color arena había asentido levemente. Procter se volvió de nuevo hacia Zack.

- ¿Sabes qué? Prepárame ese pase también para Futura. Y otro para Kim. Creo que nos quedaremos al menos unos días – dijo, dando una palmada a su amigo en el hombro.